



Vol. 7, No. 1, Fall 2009, 76-90

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

En contra del canon: haciendo lugar para la voz popular en los estudios decimonónicos

William G. Acree, Jr.

Washington University—St. Louis

A comienzos del año 2006 tuve la oportunidad de dar una charla sobre el desarrollo de la cultura impresa en el Río de la Plata a lo largo del siglo XIX, tema que me ha fascinado en los últimos años. Basta con decir que di la charla en una reputada institución estadounidense, específicamente en el departamento de Romance Languages cuya sección de español contaba con estudiosos de renombre en el campo. Mis comentarios trataron de forma muy general el trayecto de la cultura impresa rioplatense, pero sí me enfoqué por un momento en el caso particular del rol de la cultura y literatura populares durante un período de guerra civil entre 1830 y 1850. Mostré imágenes de periódicos populares redactados por el gacetero gauchesco Luis Pérez (una figura todavía no bien conocida) y por su rival, el canónico autor argentino Hilario Ascasubi. Compartí con el público fotocopias de algunos de estos periódicos y de hojas sueltas con versos de autores anónimos, pues quería que vieran el

formato, los grabados, las distintas fuentes tipográficas—en pocas palabras que pudieran apreciar cómo era ese tipo de texto.

Después de la charla, mientras guardaba mi “evidencia”, uno de los profesores del departamento se me acercó. Este hombre, quien era especialista en literatura latinoamericana del siglo XX y de bastante peso, me sonríe (sardónicamente) y me pregunta en tono irónico: “¿Usted cree que esos textos [refiriéndose al material popular que había mostrado] realmente existieron? ¿Usted ha visto tales textos?” Le respondí cordialmente que sí, yo había visto los textos de que hablé y que sabía sin duda que existían éstos y muchos otros de un estilo similar. Luego me puse a pensar en lo que me había preguntado. O mis fotografías digitales de las hojas de Luis Pérez y los poemas gauchescos de Ascasubi no publicados en su obra completa no le convencieron de la existencia de tal literatura popular, o el profesor no quiso admitir la existencia de ese mundo desconocido—e inclusive peligroso—para el campo de los estudios literarios en el que se desempeñaba.

Al final de nuestra breve conversación me quedé con la impresión de que él seguía dudando o de que por lo menos si existía esa escritura que iba “en contra del canon”, no era suficientemente importante para merecer más palabras ni estudio.

Esta anécdota introduce el tema de este artículo: el lugar de la literatura popular—y por ende la cultura popular—en los estudios decimonónicos latinoamericanos. Según el profesor con el que hablé después de la charla, tal escritura va en contra no sólo del canon sino también de lo que se debe entender como literatura o material que califica como literario. Esta conocida posición se encuentra entre generaciones de estudiosos más jóvenes, inclusive entre estudiantes de postgrado de hoy en día. Y la falta de calidad literaria no es el único problema que identifican con el texto popular. Como es evidente, mi posición con respecto del estudio de textos populares es favorable. En concreto, mi argumento es que tenemos que hacer un lugar central para la literatura popular en los estudios decimonónicos latinoamericanos, tanto en la producción escrita de los académicos como en los cursos que enseñamos, pues esta literatura gozó sin duda de un lugar central en la vida del siglo diecinueve.

Lo que trataré de hacer aquí es delinear algunas ideas iniciales de cómo podemos empezar a abrir más nuestro campo y lograr la meta propuesta arriba. Estas ideas tocan las formas de conceptualizar el texto literario del siglo XIX, el trabajo fundamental de conservar textos en estados precarios y los modos en que los empleamos para difundir este material y usarlo en el aula. Pero antes que nada, debo ofrecer una breve definición de *literatura popular* tal como entiendo y uso el término en este artículo.

En primer lugar, este tipo de literatura en el siglo diecinueve tuvo una difusión amplia a través de medios impresos y la comunicación oral. Es difícil cuantificar cuán amplia fue esta difusión sin entrar en contextos particulares, pero se puede afirmar sin duda alguna que este tipo de producción escrita y oral desde México hasta Uruguay tuvo una difusión mucho mayor que los textos reconocidos en su momento como “obras literarias” y compuestos por autores celebrados en círculos artísticos o de clase media-alta. Los índices, almanaques, anuarios y datos de editoriales que indican el tiraje de obras impresas a veces dan testimonio de este hecho, pero en muchos casos tales índices nunca fueron compilados o dejan afuera las obras consideradas entonces “no literarias”, lo cual nos obliga a buscar rasgos de difusión en otras fuentes. Un buen ejemplo de esto proviene de Argentina. Durante la década de 1830 la producción de poesía, humor y periódicos que promovían la causa del partido federal, liderado por el gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas, llegaba a niveles nunca antes vistos en América Latina y tuvo una fuerte recepción entre las clases medias y bajas. Sabemos esto por lo que escribieron los del partido opuesto—los unitarios—y los que criticaban el impacto que tenía el verso popular. Sin embargo, no existe o no se ha encontrado todavía registro estadístico del material impreso y de propaganda de esa década, a pesar de alinearse con el partido en el gobierno. Saltando a finales de la década de 1870, Alberto Navarro Viola inicia la publicación del *Anuario bibliográfico de la República Argentina* en donde aparecen resúmenes de títulos publicados ese año a veces con datos sobre tiraje. Los títulos de literatura popular, si entran en el catálogo, reciben poca atención o son descartados. Tomemos el ejemplo de los dieciséis títulos del novelista popular Eduardo

Gutiérrez que aparecen en 1886, penúltimo año en que se publicó el *Anuario*. El comentario de los editores revela la actitud *vis-à-vis* este tipo de texto:

En numeros anteriores del *Anuario* hemos tenido ocasión de anunciar algunas de estas novelas que han merecido los honores de varias ediciones. En las nuevas como en las anteriores siguen codéandose todas las categorías de la canalla, el asesino vulgar, el ladrón de alta escuela... en una palabra, todos los que han nacido para ocupar una celda en la penitenciaría y que sólo por una neurosis literaria incomprensible pueden resucitar como personajes de novela. El estilo marcha de vulgaridad en vulgaridad, tropezando como un beodo con escenas repugnantes sin describirlas y repleto de un vocabulario recojido en los corrales y enriquecido en los conventillos y en las cárceles. (*Anuario bibliográfico* 225)

En segundo lugar, si bien la literatura popular sigue formatos y reglas formales de composición—rima, métrica, estilos en prosa—su contenido marca otras preocupaciones. El lenguaje muchas veces imita el habla popular, sea de residentes del campo, sea de comunidades de inmigrantes o de descendencia africana o indígena, en vocabulario tanto como en sintaxis. Por supuesto hasta finales del siglo los que podían escribir pertenecían a una minoría de alfabetos en América Latina y se sabían, algunos más que otros, reglas generales de gramática. Sin embargo, no quita que estos autores o bien provenían de las mismas capas sociales que sus personajes o bien pasaban horas entre los que componían la clase media-baja. Por otro lado, hubo escritores de literatura popular que nunca aprendieron las reglas formales de la escritura. El esclavo, el obrero, el arriero, la mujer que de algún modo “supieron” leer y escribir ofrecen ejemplos. Otros aspectos de la literatura popular se harán evidentes más abajo, pero esta definición de dos de sus características elementales—su alcance o diseminación, y su lenguaje—nos ayudan a aproximarnos al tema principal. Irónicamente, las mismas características detrás de la popularidad de este tipo de literatura resultaron en su marginación por élites intelectuales. Dicho de otra forma, el ser popular era equivalente a no ser de buena calidad “literaria”.

El concepto de literatura decimonónica

La literatura del siglo diecinueve en América Latina es un tipo de producción cultural “especial” (y no lo digo porque sea el campo mío). Es especial porque es a la vez resultado y promotor de una revolución de la imprenta y de las formas de comunicación en la región, cambios fundamentales que no se dieron durante la época colonial y cuyas ramificaciones ya se habían implantado para comienzos del siglo XX. Es especial porque emerge durante las guerras de independencia y, salvo en el caso de Brasil, durante largos años de conflicto armado entre nuevas facciones partidarias. Y es especial, también, porque se produjo para un público que en su gran mayoría era analfabeto hasta finales de los 1800 o bien las primeras décadas de los 1900. Por supuesto se pueden ver paralelos entre estas características de la literatura decimonónica latinoamericana y la de Estados Unidos entre 1750 y 1850 o la de Francia en los siglos diecisiete y dieciocho. En ambos casos los avances en la tecnología de la imprenta dieron pie a una nueva industria editorial y a nuevos modos de comunicación a través de la cultura escrita. Una de las diferencias principales del contexto decimonónico en América Latina yace en el impacto que tuvieron las guerras y los cambiantes contextos políticos que iban de la mano del desarrollo de la imprenta y de “literaturas nacionales”. Es decir, la publicación de periódicos, volantes, pasquines, versos, grabados, diarios y otro material impreso que tomó fuerza entre 1810 y 1830 y que se consolidó en los años posteriores, gracias en gran parte a la necesidad de producir propaganda política en períodos de guerra, dejó una impronta en la escritura latinoamericana del siglo XIX que no se asemeja a la escritura de otros contextos, a pesar de otros aspectos que tengan en común. Todo esto señala que el campo de literatura decimonónica se beneficiaría de una reorientación que permita una reconceptualización más abarcadora de lo que es esta literatura. Quizás esta reorientación se puede enfocar en el concepto de escritura más que en el de literatura.

Pensar en la “escritura” decimonónica quita en parte la necesidad de considerar el valor estético que se suele asociar a la noción comúnmente aceptada de literatura y que ha marginado al texto popular. Pero la

reorientación y la reconceptualización del campo no deben limitarse a una cuestión semántica, sino que deben apuntar a un entendimiento del texto literario en el contexto especial de los años 1800, tomar en cuenta la materialidad del texto e incluir la importancia de las distintas prácticas de lectura. El concepto de literatura en el siglo XIX por el que abogo tiene que incluir tanto la cultura escrita como la cultura oral, lo cual es inseparable de las prácticas de “lectura”. El significado de lo material del texto se verá enseguida; por el momento conviene enfatizar que la lectura individual en silencio era uno de varios modos de interactuar con el texto y no el más “popular”. La lectura en voz alta en grupos pequeños o grandes, en iglesias o bares, en reuniones de amigos y familia, es una parte clave de la literatura del período. El canto de versos, al igual que la escritura de lo que primero se cantaba, es otra parte clave. El traspaso del texto, desde el número de un periódico que circulaba entre tres o cuatro lectores, el panfleto que un autor distribuía a su red de amigos, o la hoja suelta pegada a un muro en el centro de la ciudad, tenía su rol también en la difusión de la literatura y las prácticas de lectura.

Estos cambios de reorientar y reconceptualizar la literatura de la época ya se están dando en cierta medida en los estudios culturales, en la historia cultural, en performance studies y en los estudios literarios más tradicionales que tratan del siglo XX. De hecho es casi “natural” incluir la cultura y la literatura populares en el estudio del siglo XX, pues pertenecen a la edad de producción masiva con la que es fácil asociar lo popular. La literatura popular anterior a 1900 ha sido más difícil de estudiar y ha atraído menos atención académica, aunque la generación de “grandes bibliófilos”, con figuras como Antonio Zinny, José Toribio Medina y Juan Canter, escribió sobre literatura popular de los 1800.¹ También lo han hecho coleccionistas, filólogos, antropólogos y folkloristas de mediados del siglo XX que se han preocupado por los orígenes de los corridos o el alcance

¹ Estos autores no profundizaron en el tema de literatura popular sino que recopilaron datos de distintas publicaciones, comentaron la autoría y a veces incluyeron historias vinculadas con la circulación de un texto. Ver por ejemplo las voluminosas historias de imprentas de Medina; y Zinny.

de la poesía gauchesca.² Más recientemente han salido estudios sobre la literatura popular decimonónica o sobre temas de la cultura popular en América Latina que involucran la escritura popular, y la historiografía latinoamericanista en la academia estadounidense se ha preocupado en los últimos quince años por recuperar lo popular en la política y en la vida cotidiana y por ver *agency* en lo popular.³ Si bien los especialistas en literatura decimonónica son conscientes de la importancia de las distintas prácticas de lectura y del valor material del texto, estos temas ocupan un lugar secundario en la producción intelectual; se suele ver como algo curioso, pero no esencial para leer críticamente un texto. Y si bien los que trabajan textos anteriores al siglo XX entienden que la literatura de entonces no era la misma práctica social que es hoy en día o que era a finales del siglo XX, es frecuente la aplicación anacrónica de una noción contemporánea de “literatura” al texto decimonónico. Es en parte gracias a ello que la presencia de la literatura popular hoy en día todavía no tiene lugar suficiente en nuestras revistas, libros de crítica y libros de texto, lo cual es signo de la necesidad de reflexionar sobre nuestro concepto de literatura del siglo diecinueve. Sin embargo, esta reflexión no puede llevarse a cabo sin emprender al mismo tiempo un proyecto de rescate y conservación de textos populares americanos del siglo XIX.

Rescate y conservación

Una segunda tarea fundamental para que la escritura popular pueda tener su lugar merecido entre otros textos es la de rescate y conservación.

² Representativa de este esfuerzo es una colección de una riqueza inigualable, la Encuesta de Folklore de 1921, ubicada en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano en Buenos Aires. La encuesta contiene material recogido por los maestros de las escuelas primarias sobre tradiciones rurales, música y poesía popular y otro contenido “folklórico” de la segunda mitad del siglo diecinueve hasta la segunda década del siglo veinte. Sobre corridos ver Simmons; McDowell; y de María y Campos. El interés en la literatura popular de otras regiones se ve en Keller; Rojas; y los “cancioneros” de varios países compilados en torno a mediados del siglo.

³ Sin ser una lista exhaustiva, unos buenos ejemplos del nuevo interés en el campo de la escritura popular incluyen: Prieto; Acree, “Gaicho Gazetteers”; Schlickers, aunque este estudio reproduce un conocimiento del texto popular rioplatense basado en estudios anteriores cuyas fuentes eran muy limitadas; Chasteen, 149-54; Dabove; Lewin; y, a pesar de que trate mayormente del siglo XX, Slater.

En su gran mayoría los textos populares eran por naturaleza efímeros, no diseñados para coleccionar ni publicar en formatos muy duraderos, y es en parte por ello que encontramos tan pocos de estos textos entre los que suelen estar en los estantes de nuestras bibliotecas. Si la calidad del papel usado en la impresión de algún que otro corrido era igual al que se usaba para publicar una gaceta entre la élite de México, sus destinos eran diametralmente opuestos. Aquí se involucra el público lector al que se dirigía un autor, pues este público determinaba a dónde iba a parar un texto después de ser leído (de cualquier manera). Por ejemplo, el periódico de una ciudad capital como *La Gaceta de Buenos Aires* tenía buenas chances de estar archivado en una recién establecida biblioteca pública, en los fondos del gobierno o en la colección particular de un letrado. El texto más popular se leía en otros ambientes más “sucios”—bares, pulperías, reuniones, entre soldados o vendedores ambulantes. Así, la materialidad del texto iba definiéndose según sus modos de lectura. El volante con algunos versos alimentando a las tropas paraguayas en la guerra de la Triple Alianza tenía más chances de usarse para prender un fogón que de guardarse en una biblioteca.⁴

Entonces, en primer lugar, hay que emprender una minuciosa labor de identificar los textos que todavía existen en distintos fondos en todas partes de América Latina. Este trabajo es el primer paso en rescatarlos del olvido. Significa una búsqueda archivística que por las condiciones de trabajo, los horarios y la logística de acceso a las colecciones puede ser inhóspito o inclusive poco práctico. Al mismo tiempo este trabajo puede resultar en el encuentro de tesoros—fuentes de cuya existencia sabíamos, o textos conocidos en tiempos pasados pero cuyos rastros se habían perdido—que pueden enriquecer lo que sabemos de literatura y cultura populares y facilitar el proceso de reconceptualización de la literatura del siglo XIX.

Una vez que se identifiquen tales textos, hay que rescatarlos también de los microorganismos que hacen trizas el papel, de inundaciones

⁴ Irónicamente uno de los textos más populares de la guerra paraguaya, el periódico *Cabichui* que fue publicado para las tropas paraguayas, se conserva entero, pues fue una publicación con apoyo estatal. Sobre este periódico ver Huner.

que destruyen archivos enteros, de temperaturas y humedad que hacen desaparecer la tinta y de otros factores que afectan la fisicalidad de los documentos. En una palabra, hay que elaborar formas de conservar los textos que encontramos. Desde finales de los 1800 se ha hecho esto con la publicación facsimilar de documentos, práctica que se usó mucho en torno al primer centenario de la independencia para vender periódicos de la época de las guerras como algunos de los “primeros” textos nacionales. A lo largo del siglo XX el facsímil ha servido para difundir textos de difícil o imposible acceso a un público amplio y alejado (en tiempo y distancia) del lugar donde se guarda. Tal es el caso del facsímil de la *Gaceta de Montevideo* o de los tres tomos de *El parnaso oriental*, para nombrar sólo dos ejemplos. En Buenos Aires el Instituto Bibliográfico Antonio Zinny emprendió en los años 1970 la labor de publicar en facsímil periódicos de las décadas 1820 y 1830, inclusive la colección completa del muy popular *El torito de los muchachos* de Luis Pérez. Al lado del facsímil algunas bibliotecas en Latinoamérica han hecho microfilms de estos textos efímeros, aunque a veces los mismos microfilms han empezado a deteriorarse, estropearse o perderse. Desde Estados Unidos el Center for Research Libraries ha lanzado un proyecto de microfilmación para preservar justamente este tipo de material.⁵

Quizás más económico y práctico para el investigador individual es hacer uso de la fotografía digital. Los avances en esta tecnología en los últimos cinco años han hecho posible la conservación de documentos en nuevos formatos que ocupan mínimo espacio físico—como archivos fotográficos, documentos PDF o archivos disponibles en internet—y que pueden reproducirse a resoluciones sumamente altas. Obviamente hay una ética que va de la mano con la fotografía digital—copias para las instituciones donde se guardan los textos, reglamento de algún modo de la difusión del archivo digital. Sin embargo, esta tecnología promete mucho en cuanto a las posibilidades de rescate y conservación, que a su vez abren innumerables posibilidades para la investigación individual y la producción académica. Además, si logramos rescatar y conservar algunos de los textos

⁵ <http://www.crl.edu/areastudies/LAMP/>

populares todavía existentes podremos ir pensando en cómo incorporar esta voz popular en los cursos que enseñamos.

Integración de la voz popular en el aula

Si se logra hacer un lugar para la literatura popular en el estudio de América Latina del siglo XIX corresponde integrar esta voz a los cursos que enseñamos. Una ojeada a cualquier antología comúnmente asignada a nivel de grado revela que por lo menos allí la literatura popular todavía no ha cabido. La selección de *Martín Fierro*—poema que fue ridiculizado por los letrados hasta comienzos del siglo XX cuando el número creciente de inmigrantes empezó a asustar a los intelectuales y políticos y éstos lanzaron su campaña para crear nuevos símbolos nacionales—o alguna que otra “tradicción” de Ricardo Palma serán la excepción. Al nivel de cursos de postgrado, el material disponible que trata de literaturas populares de América antes de 1900 también es muy reducido. Por supuesto novelas como *María* o *Santa* todavía se reeditan y por tanto son fáciles de adquirir para el alumnado. Pero cuando se trata de la obra teatral *Juan Moreira*, un espectáculo sumamente popular, o la novela del mismo título que vendió más ejemplares para 1900 que los más de sesenta mil de *Martín Fierro*, o de textos no publicados en ediciones recientes o facsimilares, las opciones se limitan drásticamente.

El proveer estos textos para uso pedagógico depende en primer lugar del punto con el que iniciamos el argumento: reorientar nuestro concepto de literatura del período. Ese proceso y la subsiguiente tarea de rescatar textos en peligro de desaparecer darán paso a publicaciones impresas o electrónicas de literaturas populares. Dicho de otro modo, si nosotros como investigadores logramos compilar un cuerpo de textos populares que se puedan compartir con un público lector amplio, se facilitará la adopción de tal material en el aula. La inclusión de estos textos en cursos introductorios o seminarios a su vez enriquecerá lo que aprenden nuestros estudiantes y cómo formulan su concepto de literatura. De la misma forma puede enriquecer la experiencia de enseñanza para nosotros.

El trabajo de rescate y de reorientación puede dar paso igualmente a la composición de nuevas antologías para uso en varios niveles del

currículum. Enfatizo la noción de libros de texto aquí por la naturaleza del material decimonónico; es decir, puesto que no hubo producción de grabaciones audiovisuales hasta finales del siglo, y dado el carácter incipiente de la fotografía, dependemos casi exclusivamente de material escrito o impreso. Éste puede incluir por supuesto ejemplos de la cultura visual. Dicho lo anterior, con la excepción de la antología *Literatura hispanoamericana* editada por Anderson-Imbert y Florit, la mayoría de los libros de texto consisten de un solo volumen que contiene selecciones desde la escritura precolombina hasta la literatura de los últimos años. Por más meritorias que sean las actuales antologías, su estructura que cubre tanto material a lo largo de tanto tiempo restringe la selección de textos. Si hubiera una nueva división de los textos compilados habría más libertad de incluir otros materiales, inclusive literatura popular. Por ejemplo, podría haber una colección de antologías en letras latinoamericanas parecida a la que existe para la literatura estadounidense.⁶ Tanto la *Norton Anthology of American Literature* como la *Heath Anthology of American Literature* se ofrecen en múltiples volúmenes. Una antología de literaturas latinoamericanas podría dividirse en volúmenes que tengan la siguiente periodización: 1) escrituras precolombinas, el encuentro y la época colonial; 2) 1810-1910, desde las guerras de independencia al comienzo de la Revolución mexicana; 3) siglos XX y XXI.

Por supuesto hay otras opciones para dividir los períodos y la organización temática; la idea es de ir abriendo espacio para incluir nuevo material en los libros de texto que usamos, lo cual se tendrá que hacer tarde o temprano dada la tremenda producción de literatura contemporánea. A lo mejor las nuevas antologías resultarían en modificaciones al esquema de ofrecer dos cursos introductorios—uno que cubre lo escrito pre 1900, y otro que trata la literatura después de 1900—aunque ya hay departamentos en Estados Unidos que han empezado a modificar si no ampliar el currículum (tres cursos introductorios que siguen la división de la antología arriba, o la eliminación de estos cursos y la oferta de seminarios más especializados al

⁶ Le debo esta idea al profesor Christopher Conway de la Universidad de Texas en Arlington, quien me la sugirió.

nivel de licenciatura) donde una antología de varios volúmenes funcionaría perfectamente.

Los medios enumerados hasta ahora—nuevas ediciones facsimilares, textos digitalizados o nuevas antologías—darían lugar a que la literatura popular entrara más en los estudios decimonónicos, y ello sólo puede ser ventajoso para nosotros como académicos y para nuestros estudiantes.

Conclusión

He propuesto aquí algunas ideas iniciales de cómo ir haciendo un lugar para la literatura popular en los estudios decimonónicos latinoamericanos. Como he argumentado, este tipo de escritura era parte fundamental del desarrollo de tanto la cultura impresa como la cultura política en toda América. Su diseminación y su lenguaje la puso al alcance de un público lector amplio, mas los rasgos de esta literatura se han ido perdiendo por la falta de atención crítica, por el carácter efímero del texto mismo, por las condiciones en los archivos que albergan los textos y por otros factores no enumerados. Para que esta literatura tenga más presencia en los campos de los estudios literarios y culturales, es necesario repensar cómo entendemos el significado de literatura en los años 1800, hacer un trabajo de rescate de conservación de materiales encontrados e ir incorporándolos en nuestros proyectos de investigación y en nuestras clases.

En este artículo he presentado el caso de la literatura popular en términos muy generales. Algunos lectores me pueden culpar de dejar fuera los casos específicos, o de orientar mi enfoque más que nada hacia el contexto académico norteamericano, lo cual es verdad. He querido ofrecer un punto de partida, un marco general para ir pensando más en casos particulares de literatura popular en el siglo XIX. Espero aprender de mis colegas sobre casos particulares en las distintas regiones de América. En algunas universidades en América Latina se ofrecen hoy en día cursos que ya tienen un componente de literatura popular y hay variaciones en torno al concepto de la literatura y su estudio, sobre todo en la época anterior al 1900. No obstante estas diferencias entre sistemas educacionales en el

norte y en el sur o entre la formación de académicos en diferentes regiones, la necesidad de hacer un lugar para la voz popular nos incumbe a todos los que nos interesamos en los estudios decimonónicos.

Bibliografía

- Acree, Jr., William G. "Gaucha Gazetteers, Popular Literature, and Politics in the Río de la Plata." *Studies in Latin American Popular Culture* 26 (2007): 197-215.
- Anuario bibliográfico de la república argentina, año VIII, 1886*. Buenos Aires: Imp. M. Biedma, 1887.
- Chasteen, John Charles. *National Rhythms, African Roots: The Deep History of Latin American Popular Dance*. Albuquerque: U of New Mexico P, 2004.
- Dabove, Juan Pablo. *Nightmares of the Lettered City: Banditry and Literature in Latin America, 1816-1929*. Pittsburgh: U of Pittsburgh P, 2007.
- de María y Campos, Armando. *La Revolución mexicana a través de los corridos populares*. Mexico, D.F.: n.p., 1962.
- Gaceta de Buenos Aires*, ed. facsimilar. 6 vols. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1910-15.
- Gazeta de Montevideo*, ed. facsimilar. Con una introducción de Juan Canter y un estudio preliminar de M. Blanca París y Q. Cabrera Piñón. Biblioteca de Impresos Raros Americanos, 1. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de la República, 1948.
- Huner, Michael Kenneth. "Toikove Ñane Retã!: Republican Nationalism at the Battlefield Crossings of Print and Speech in Wartime Paraguay, 1867-1868." En *Building Nineteenth-Century Latin America: Re-rooted Cultures, Identities, and Nations*, ed. William G. Acree, Jr. y Juan Carlos González Espitia. Forthcoming, Vanderbilt U P)
- Keller, Jean P. "Popular Poetry in Colombia." *Hispania* 35.4 (1952): 387-91.
- Lewin, Linda. "A Tale of Two Texts: Orality, Oral History and Poetic Insult in the Desafío of Romano and Inacio in Patos (1874)." *Studies in Latin American Popular Culture* 26 (2007): 1-26.

- Lira, Luciano, ed. *El parnaso oriental o guirnalda poética de la república uruguaya*. Clásicos uruguayos, vols. 159-61. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura, 1981.
- McDowell, John H. "The Mexican Corrido: Formula and Theme in a Ballad Tradition." *The Journal of American Folklore* 85.337 (1972): 205-20.
- Prieto, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. 1988. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2006.
- Rojas, Aristides. *Contribuciones al folklore venezolano*. Caracas: Fondo de Publicaciones de la Fundación Shell, 1967.
- Schlickers, Sabine. "Que yo también soy poeta": *La literatura gauchesca rioplatense y brasileña (siglos XIX-XX)*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2007.
- Simmons, Merle E. "The Ancestry of Mexico's Corridos." *The Journal of American Folklore* 76.299 (1963): 1-15.
- Slater, Candace. *Stories on a String: The Brazilian literatura de cordel*. Berkeley: U of California P, 1982.
- El Torito de los Muchachos*, ed. facsimilar. Con un estudio preliminar de Olga Fernández Latour de Botas. Buenos Aires: Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, 1978.
- Zinny, Antonio. *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas*. Buenos Aires: Imprenta del Plata, 1869.